

INTRODUCCIÓN¹

El libro que tienen en sus manos es el producto del amor y el talento combinados. De tal combinación suelen salir lo que los adultos llaman “obras maestras”, que son como esas maestras buenas de verdad que enseñan con la mente y con el corazón al mismo tiempo, y uno siempre las recuerda con admiración y cariño, aunque haya pasado ya a otro grado. Así es este libro, como una buena educadora que impregna como de perfume el aula con su presencia, y que al sonreír parece la salida del sol luego de una noche de tormentas. Nadie olvida nunca a esas maestras; nunca olvida nadie, una vez leído, este libro.

El autor.

Esta obra inolvidable fue escrita hace muchos años por un poeta hispano residente en Nueva York: José Martí. Había nacido en La Habana (capital de Cuba) el 28 de enero de 1853, hijo de españoles. Su país de nacimiento era, entonces, una colonia de España; que es decir, un lugar donde sus hijos no tenían todos los derechos que los nacidos en un país deben tener, sino que eran gobernados por extranjeros que lo querían todo para ellos. Él era hijo de tales extranjeros, mas ello no impidió que su cariño por la tierra natal creciera, fuerte y arraigado, como los árboles del parque en primavera, ni que pusiera su amor y su talento (y, finalmente, su vida toda) al servicio de la causa de la libertad de todos los cubanos.

Desde niño mostró José Martí ese amor y ese talento combinados de que hablamos. Lo ayudó a desarrollarlos un maestro que nunca olvidaría: el también poeta Rafael María de Mendive, hombre a la vez grave y tierno que tenía, en el gesto y la palabra, una llave que abría

¹ Para las personas mayores en especial, véase “Re-vista *La Edad de Oro*. Estudio crítico para adultos” en la página 296.

las almas. Martí lo quiso como padre; Mendive, al igual que todo buen maestro, fue como un padre para Martí y para todos sus alumnos. A la sombra del corazón de Mendive aprendió Martí que

“El amor, madre, a la patria
No es el amor ridículo a la tierra,
Ni a la yerba que pisan nuestras plantas;
Es el odio invencible a quien la oprime,
Es el rencor eterno a quien la ataca...”

como escribiría siendo todavía un niño. No es de extrañar entonces que aún adolescente haya tenido sus primeros problemas con las autoridades coloniales de la Isla.



José Martí a los 9 años de edad. En el pecho ostenta una medalla escolar, como premio a su aplicación.

El niño José Martí se había horrorizado, con anterioridad, por la existencia de la esclavitud en la Cuba de la época. También había expresado sus simpatías por el inicio de la lucha armada por la independencia de su país en 1868. Grande fue su sorpresa al enterarse de que un antiguo compañero de clases, olvidando las enseñanzas de Mendive, se había alistado en un regimiento español para combatir a las fuerzas independentistas. De ahí que él y un amigo común le escribieran una breve carta donde le recriminaban su actitud. La misiva nunca llegó a su destinatario; pero, incautada por las autoridades coloniales, fue considerada suficiente delito como para que el joven

Martí (entonces tenía 16 años) fuera detenido en octubre de 1869 y condenado a seis años de prisión. ¡Seis años de presidio por la redacción de un párrafo! Afortunadamente, parte de la condena le fue conmutada por la del destierro, saliendo de Cuba hacia España en diciembre de 1870.

A partir de ese momento comienza para Martí un peregrinar que lo llevaría por numerosos países. Recién llegado a España daría a conocer al mundo los horrores vividos en prisión en *El presidio político en Cuba* (1871). Allí habla de un niño como ustedes, Lino Figueredo, de sólo 12 años de edad, arrancado de su familia y condenado a 10 años de presidio sin que supiese por qué, y del anciano Nicolás del Castillo (sí, muy parecido al abuelo), a quien apaleaban los carceleros para que caminase más de dos leguas diarias “sobre dos extensas llagas que cubrían sus pies” para hacerlo trabajar en las canteras donde “picaba piedra con sus manos despedazadas”, y de muchos casos más, todos terribles. Pero también en España se dedicó a continuar sus estudios, hacer amigos de la causa cubana y prepararse para ser más útil a la Patria.

Vivió temporalmente en México, Venezuela y Guatemala, donde fue maestro y colaboró con importantes publicaciones periódicas. En 1877 se casó con una joven cubana y regresó a Cuba después que la guerra de



El joven Martí en presidio, en 1870. Obsérvese la cadena que va de la cintura al tobillo.

independencia fracasara luego de diez años de lucha. En La Habana le nace un hijo, pero pronto tendrá que salir de nuevo al destierro por su continuado amor a la Patria.



*Martí en Nueva York, en 1891.
Retrato al óleo del norteamericano
Herman Norman.*

En 1880 llega a Nueva York, donde residiría, de manera fundamental, durante los próximos 15 años. Sería en esa ciudad donde Martí desarrollaría su más importante obra literaria y política. De un escritor poco conocido, pasó a ser uno de los más leídos en todo el continente, ayudando a crear una nueva forma de escribir en español (llamada Modernismo) que representase el nuevo modo de pensar de los hispanoamericanos. Los mejores periódicos del continente reproducían sus escritos, y sus versos aparecerían en *Ismaelillo* (1882) y *Versos Sencillos* (1891). Como político, de un simpatizante más de la independencia de Cuba, se convirtió en la representación misma

del último esfuerzo independentista criollo, llegando a nuclear a su alrededor a las figuras más importantes de contiendas y sueños anteriores. Por tal razón regresa a su país, donde luchando murió, “de cara al sol” como era su deseo, el 19 de mayo de 1895. Su Patria lograría, finalmente, liberarse de España. Pero su Cuba soñada, “con todos y para el bien de todos”, está aún por construirse.

La obra.

Seis años antes de su heroica muerte, Martí se dedica a una empresa que sorprendió a muchos: la redacción de una revista mensual para niños. Un editor amigo, el señor A. Da Costa Gómez, aportaría los recursos materiales. Martí, lo único que tenía y hemos venido señalando desde el principio: amor y talento. Él se encargaría de escribir todos los textos y supongo que hasta de seleccionar el material gráfico. Haría su labor teniendo a su lado a una niña a quien quería mucho (María Mantilla, en ese entonces de 8 años de edad) y el recuerdo siempre presente de su hijo ausente. Pero había muchos más niños en su mente y en su corazón mientras escribía los textos que siguen: todos los niños hispanoamericanos de su época. Y ustedes.

La revista se llamó *La Edad de Oro* (que era una forma de denominar la niñez en ese entonces) y fue, desde el primer número, todo un éxito. Circuló desde Nueva York hasta la Argentina. Importantes intelectuales de la época la leyeron y escribieron palabras muy lindas sobre el esfuerzo martiano. Sin embargo, sólo lo-



Con María Mantilla, en 1890.

graron salir 4 números (de julio a octubre de 1889), para desaparecer para siempre. Desavenencias entre Martí y el editor con relación al contenido de la revista dieron al traste con la publicación; pero bas-

taron los trabajos aparecidos en esos cuatro números para que la Literatura Infantil en español ya no fuese la misma de antes. Desde entonces, la revista ha sido muchas veces editada en forma de libro.



Portada del primer número de la revista.

Encontrarán ustedes aquí cuentos, poesías, artículos y crónicas de encantadora factura y mensaje vertical que, en su mayoría, podrán compartir con los más pequeños de la casa, leyéndoles en voz alta. Saltando y riendo en palabras participarán en juegos sin tiempo y pugnarán por resolver entretenidas adivinanzas. Conocerán personajes históricos sumamente importantes para todos los hispanos tales como el Padre las Casas, Simón Bolívar, el cura Hidalgo, San Martín. Otros personajes ficticios les llegarán igualmente al corazón (Meñique, Pilar, etc.) y verán pasar el recuerdo de María Mantilla, a diferentes edades, en más de un trabajo. El mismo autor aparecerá, más soñado por sí mismo que en carne y hueso, en alguna que otra página.

También viajarán mucho de la mano de Martí, y abrazarán a niños de otras épocas y países. Van a reír unas veces y a ponerse como triste otras, van a jugar y aprender a ser mejores; pero, sobre todo,

Encontrarán ustedes aquí cuentos, poesías, artículos y crónicas de encantadora factura y mensaje vertical que, en su mayoría, podrán compartir con los más pequeños de la casa, leyéndoles en voz alta. Saltando y riendo en palabras participarán en juegos sin tiempo y pugnarán por resolver entretenidas adivinanzas. Conocerán personajes históricos sumamente importantes para todos los hispanos tales como el Padre las Casas, Simón Bolívar, el cura Hidalgo, San Martín. Otros personajes ficticios les llegarán igualmente al corazón (Meñique, Pilar, etc.) y verán pasar el recuerdo de María

van a sentir cuánto amor tenía este hombre por todos ustedes, los niños de América.

La edición.

La presente edición contiene todos los trabajos de los cuatro números de la revista publicados y reproduce el material gráfico original —seleccionado por el propio Martí, según considero— que acompañaba los textos cuando aparecieron por primera vez. Nombres propios o vocablos que supongo de poco uso por los niños hispanos de los EE.UU., han sido aclarados. Tales aclaraciones aparecen en forma de notas al pie de página, que son esas letras pequeñitas al final de las hojas. Cuando ustedes lleguen a una palabra con un número, vayan a ese número al pie de la página y tendrán la aclaración correspondiente a ese vocablo o nombre propio. Las extensas notas que aparecen, fundamentalmente, al inicio de la mayoría de los trabajos fueron preparadas, de manera intencional, para las personas mayores. Pero, al igual que Martí, creo que los niños comprenden mucho más de lo que creemos los adultos, por lo que no dudo que ustedes lean también esas notas al pie grandotas, que como que al principio dan miedo. Además, no todas las notas están completas. Algunas deben ser terminadas por los mismos lectores, basados tanto en la interpretación del texto en cuestión, como en lo que hayan aprendido ya en la escuela o de sus mayores. En ese sentido, cada niño o niña que lea esta edición puede jugar a ser un anotador (o anotadora) de José Martí. Así que vayan con cuidado por las notas y donde vean una raya, quiere decir que deben escribir ahí el texto que falta. ¿Podrán hacerlo? ¡Seguro que sí!

Una sola pena tiene este presentador. Y es que aunque leerán de inmediato que Martí los invita a escribirle cartas haciéndole preguntas, ya no podrán hacerlo. Pero ello es algo que puede tener, en cierto

sentido, solución: en vez de escribirle a Martí, escríbanle a su maestro o maestra, o a un tío o una tía ausente; o mejor todavía: a uno de esos abuelos o abuelas de cabellos blancos que, aunque a veces lejos, siempre están pensando en ustedes. Ellos, de seguro, contestarán sus preguntas. Probablemente no con el estilo con que lo habría hecho Martí; ¡pero sí con el mismo amor!

Ahora, a buscar todos un lugar tranquilo y con luz para iniciar el viaje página adentro. Puede que sientan, de vez en cuando, como un destello cercano, o una música lejana. Tal es la magia de las palabras que siguen. No se preocupen y continúen la lectura: es el alma que extiende sus alas; es una flor en medio del pecho que se abre al conjuro de las historias contadas en este libro.

Eduardo Lolo.

Nueva York, otoño del 2000.



Tempera de Winslow Homer.